

CANARIAS EN LA ANTIGÜEDAD COMO PROBLEMA HISTÓRICO*

José A. Delgado Delgado
Departamento de Prehistoria, Arqueología,
Antropología e Historia Antigua.
Universidad de La Laguna.
E-mail: jadelga@ull.es

RESUMEN

Mi propósito aquí es presentar un modelo de estudio con el que abordar el problema histórico de la situación de Canarias en el contexto de las civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad. Tal modelo comporta el establecimiento de un marco teórico y metodológico de referencia y la exploración crítica de cuatro vías de análisis principales: a) el contexto histórico general; b) las fuentes de conocimiento; c) las sociedades aborígenes insulares; d) los recursos naturales de las islas. La conclusión principal que se deriva del estudio es que no hay fuentes ni razones históricas que puedan justificar ningún tipo de contacto o influencia de naturaleza política, económica o cultural entre los estados del Mediterráneo antiguo y Canarias.

PALABRAS CLAVE: Historia de las Islas Canarias, Canarias en Antigüedad, África antigua.

ABSTRACT

«The Canary Islands in Antiquity as a Historical Problem». My purpose here is to present a study model with which to address the historical problem of the situation of the Canary Islands in the context of the Mediterranean civilizations of antiquity. This model involves the establishment of a theoretical and methodological framework of reference and critical exploration of four main paths of analysis: a) the general historical context; b) sources of knowledge; c) aboriginal societies on the islands; d) their natural resources. The main conclusion from this study is that there are no sources or historical reasons that support any contact or influence of a political, economic or cultural nature between the states of the ancient Mediterranean and the Canary Islands.

KEY WORDS: History of the Canary Islands, the Canary Islands in Antiquity, Ancient Africa.



9

M. de Voltaire, unsupported by either fact or probability, has generously bestowed the Canary Islands on the Roman empire (GIBBON, 1776: 26, n. 87)

1. LA GÉNESIS DEL PROBLEMA

En el libro v de su enciclopédica *Naturalis Historia* Plinio establecía los límites del dominio y la ocupación romanos en *Mauretania Tingitana* en la población de *Sala*, ya en la misma frontera del desierto y en la vecindad de la peligrosa tribu de los *Autololes*¹. Las noticias acerca de la costa que se extendía al sur de esa posición, incluidas las referidas a las islas, no ofrecían garantía alguna al erudito autor latino, pues entendía que se fundaban más en tradiciones legendarias que en datos reales. Las notas sobre las islas Górgades, Hespérides o Afortunadas que recoge en el libro VI las presenta en consecuencia con el mayor de los escepticismos².

Mil setecientos años más tarde, Edward Gibbon fundó en la autoridad de Plinio (que contrastó con Estrabón y Ptolomeo) su admirable bosquejo de las provincias del Imperio Romano en el primer capítulo de su monumental *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. «Sallé —escribió Gibbon (1776: 26) a propósito de la *Mauretania Tingitana*— fue registrada por los romanos como el extremo último de su poder y prácticamente de su geografía»³. Las tierras e islas más meridionales quedaron en la consideración del historiador inglés ciertamente al margen del dominio romano, pues ni las evidencias ni las probabilidades históricas consentían otra opinión al respecto. Con esos contundentes argumentos desarbolaba especulaciones como las de Voltaire sobre la inclusión de las Islas Canarias en los predios del Imperio Romano (la nota de Gibbon encabeza, como cita, este trabajo).

Pero en las fechas en que Gibbon publicaba su *Historia* la historiografía canaria andaba bien alejada de sus posiciones. Hacía ya tiempo que había acordado

* Este texto es una versión corregida de una ponencia presentada en el *VI Congreso de Patrimonio Histórico (Lanzarote, 2008)*. Desde entonces se ha difundido a través de una versión electrónica (accesible desde 2009 en la página WEB del Cabildo de Lanzarote) y, de forma resumida, como artículo de prensa (noviembre 2009).

¹ v, 5: «Ab Lixo XL (milia p.) in mediterraneo altera Augusti colonia est Babba, Iulia Campestris appellata, et tertia Banasa LXXV (milia) p., Valentia cognominata. Ab ea xxxv (milia) Volubile oppidum, tantundem a mari utroque distans. At in ora a Lixo L (milia) amnis Sububus, praeter Banasam coloniam defluens, magnificus et navigabilis. Ab eo totidem milibus oppidum Sala, eiusdem nominis fluvio inpositum, iam solitudinibus vicinum elephantorumque gregibus infestum, multo tamen magis Autololum gente, per quam iter est ad montem Africae vel fabulosissimum Atlantem» (Para las citas de esta obra he seguido la edición de Mayhoff, 1906).

² vi, 201-202: «Ultra has [Goragades insulae] etiamnum duae Hesperidum insulae narrantur, adeoque omnia circa hoc incerta sunt... Nec Mauretaniae insularum certior fama est... Sunt qui ultra eas Fortunatas putent esse quasdamque alias...».

³ «The genuine Mauritania, or country of the Moors, which, from the ancient city of Tingi, or Tangier, was distinguished by the appellation of Tingitana, is represented by the modern kingdom of Fez. Sallé, on the Ocean, so infamous at present for its piratical depredations, was noticed by the Romans, as the extreme object of their power, and almost of their geography».



y diseñado un pasado muy ‘clásico’ para las islas atlánticas africanas. En efecto, desde el mismo momento en que las potencias de la Europa de la Baja Edad Media ‘descubrieron’ los archipiélagos y se aprestaron a su conquista y colonización, los cronistas oficiales de la ‘gesta’ se vieron obligados a afrontar el problema de la historia de esas regiones insulares antes de la llegada de los europeos. Comenzaron entonces sus indagaciones partiendo de la más venerada y reputada fuente de autoridad, la Tradición Clásica. En los textos literarios de la Antigüedad creyeron reconocer alusiones o referencias explícitas a las islas africanas, especialmente en aquéllos en que se mencionaban los Campos Elisios, las Islas de los Bienaventurados, las Islas Afortunadas, las Hespérides o las Islas Górgades. Un ejemplo temprano de esta práctica se encuentra en una bula papal de 15 de noviembre de 1344:

Clemente [VI], obispo, siervo de los siervos de Dios, a nuestro querido hijo el noble Luis de España, Príncipe de la Fortuna: según como lo pide la solicitud que se nos ha presentado de vuestra parte, existen en el Océano, entre el Mediodía y Occidente, unas islas de las cuales se sabe que las unas están habitadas y las otras deshabitadas, a todas las cuales se las llama generalmente Afortunadas, aunque cada una tiene su denominación propia, como se dirá abajo, y algunas otras islas adyacentes a éstas; también existe cierta isla situada en el Mediterráneo... De todas estas islas la primera se llama vulgarmente Canaria, la segunda Ningaria, la tercera Pluviaria, la cuarta Capraria, la quinta Junonia, la sexta Embronea, la séptima Atlántida, la octava de las Hespérides, la novena Cernent, la décima Gorgonas, y la que está en el Mediterráneo Galeta; y todas estas dichas islas desconocen la fe de Cristo y la denominación de los cristianos (Texto según Bonnet y Reverón, 1958-59: 55).

Empezaba así una larga labor de exégesis erudita y anticuaria, que se prolongaría hasta el siglo XVIII, cuyo fin principal era tratar de determinar qué archipiélago (Canarias, Madeira, Azores o Cabo Verde) se ajustaba mejor a las descripciones que proporcionaba la tradición literaria.

La obra de Viera y Clavijo es un ejemplo característico del trabajo de los historiadores ilustrados canarios. En sus *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* (1772-1783) se encuentran capítulos con títulos tan significativos en este sentido como ‘Por qué fueron reputadas por Campos Elíseos y se llamaron Islas Afortunadas’ (I, 6); ‘Si son las Hespérides o las Górgades’ (I, 8); ‘Si fueron las Canarias parte de la Atlántida de Platón’ (I, 10); ‘De las primeras naciones que tuvieron conocimiento práctico de las Canarias desde el rey Atlante’ (III, 1); ‘Si el pico de Teide fue el monte Atlas de los antiguos’ (III, 2) o ‘Hércules en estas islas’ (III, 5).

Una lectura literal y evemerista de las fuentes, sin fundamentos analíticos ni críticos definidos, y una libertad discursiva aún no sometida a método (tal era entonces la práctica habitual), llevó a aquellos intelectuales a recrear un pasado para las islas vinculado directamente a la Antigüedad grecolatina (y, en menor medida, semita). No hay que olvidar, sin embargo, que esta interpretación histórica convenía a los poderes coloniales, que necesitaban justificar sus derechos de conquista, dominio y explotación sobre los archipiélagos atlánticos. El aparente ‘diletantismo’ de estos historiadores pudo encubrir en ocasiones motivaciones políticas o culturales más profundas y sutiles.



En cualquier caso, esta construcción historiográfica gozó aún de gran aceptación en los ambientes románticos y eruditos de la primera mitad del siglo XIX, particularmente entre los viajeros extranjeros. Se lee por ejemplo en J.B.G.M. Bory de Saint-Vincent (1803: 423-424), como conclusión a una prolija argumentación previa, lo siguiente:

Toute l'antiquité, si l'on ne veut pas forcer ce qu'elle dit, se réunit donc à nous, pour placer le jardin des *Hespérides*, les *Gorgones*, les *Amazones*, et sur-tout le *Mont Atlas* à l'occident de l'Afrique, aux extrémités du monde, c'est-à-dire, dans les îles Canaries, et celles du Cap Verd. Voilà la patrie des Guanches bien plus illustrée que nous ne devons nous y attendre

Aunque pudiera parecer sorprendente, el rastro de este 'modelo de trabajo' se sigue percibiendo (si bien bajo nuevas formas) en las propuestas recientes que pretenden integrar a fenicios, cartagineses o romanos en los procesos de desarrollo histórico de las poblaciones indígenas insulares. La inexistencia de un marco teórico aceptable científicamente, la ausencia de preocupaciones metodológicas y una arbitraria y errática interpretación de las fuentes son sus señas de identidad.

Las páginas que siguen pueden entenderse como una réplica desde la disciplina de la Historia Antigua a esa desafortunada y desorientada literatura. En este sentido, mi propósito aquí será presentar un modelo de estudio con el que abordar el problema histórico de la situación de Canarias en el contexto de las civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad.

2. LAS VÍAS DE INVESTIGACIÓN

Se puede ser indulgente con las viejas opiniones y formas de trabajar de los 'padres de la Historia Canaria' en razón de la época a la que pertenecen, pero ese mismo criterio exige que cualquier hipótesis actual se ajuste a los principios básicos de la disciplina histórica moderna. Tales principios requieren que el investigador que se proponga abordar el problema del significado histórico que pudo haber tenido Canarias para las civilizaciones mediterráneas antiguas afronte la tarea considerando al menos cuatro cuestiones fundamentales. Cada una de ellas tiene su importancia particular como elemento de juicio para el historiador y su evaluación conjunta ofrecerá los argumentos imprescindibles para proponer una respuesta científicamente fundada al problema planteado.

La primera sería el establecimiento del contexto histórico general. El historiador debería tener en cuenta los fundamentos políticos, estratégicos, jurídico-administrativos, sociales y económicos de la ocupación del territorio africano por parte de fenicios, púnicos y romanos, así como los límites precisos de tal ocupación y su evolución a lo largo del tiempo. El objetivo principal de esta investigación preliminar es determinar en qué medida podría contemplarse la posibilidad de considerar a Canarias como enclave de interés geoestratégico o económico para los pueblos mediterráneos con vocación colonizadora.



La segunda debería ser, en correlación con la primera, la elaboración de un catálogo de las posibles fuentes antiguas que probaran o al menos sugirieran la posibilidad de que Canarias hubiera sido centro de interés geoestratégico o económico para fenicios, cartagineses o romanos. Tal catálogo habrá de someterse inexcusablemente a un riguroso examen crítico atendiendo a los fundamentos metodológicos de la ciencia histórica. Un conocimiento exhaustivo de las particularidades de cada una de las fuentes es una tarea de obligado cumplimiento en un estudio histórico, pues no hay que olvidar que la autoridad que pueda concedérsele a un trabajo de investigación depende en gran medida de estos ‘documentos’ primarios que le sirven de base. Las fuentes escritas o las de naturaleza estrictamente arqueológica han de presentarse de forma científica, ser evaluadas atendiendo tanto a sus aspectos internos (forma) como externos (contenido), contextualizadas, jerarquizadas en función del carácter primario o secundario (derivado) de la información que transmiten y contrastadas.

La tercera debería ser el examen de las sociedades aborígenes insulares tal como hoy son conocidas e interpretadas por los especialistas, con la intención de comprobar en qué medida pudieran haber quedado huellas de una supuesta influencia del mundo mediterráneo antiguo. Se trataría de estudiar si las estructuras sociales, las actividades económicas o las manifestaciones culturales de los isleños han sido alteradas (y en su caso en qué medida) o no por impulso de agentes exteriores y ajenos a dichas sociedades. Esta tercera vía de investigación es particularmente interesante por la posibilidad que ofrece, dada su perspectiva de análisis, de contraste con las dos primeras.

La cuarta y última, en cierto sentido subsidiaria de la anterior, se centraría en el estudio de los recursos naturales de las islas, cuyo fin sería descubrir si realmente existen productos tan extraordinariamente singulares que, no pudiendo ser obtenidos por las potencias mediterráneas en otras regiones, justificasen una empresa de magnitudes colosales como sería el establecimiento de unas relaciones económicas regulares con el Archipiélago. Paralelamente habría también que tener en cuenta la capacidad técnica para llevar a cabo tal empresa.

3. EVALUACIÓN DE LAS VÍAS DE INVESTIGACIÓN

3.1. EL CONTEXTO HISTÓRICO GENERAL

Atendiendo en primer lugar al contexto histórico general, conviene indicar que las formas y límites de ocupación territorial del África Occidental atlántica se pueden delinear en sus trazos esenciales en el caso de fenicios y púnicos, mientras que es posible definirlos con mucha más precisión y profundidad en el caso de los romanos.

Los abundantísimos estudios y trabajos sobre materiales literarios, epigráficos y arqueológicos realizados en los últimos cien años en el Marruecos atlántico (Brouquier-Reddé, Lenoir, 2000) permiten asegurar, y esto es lo que aquí quisiera destacar, que la ocupación de ese espacio en cualquiera de sus formas (políticas, sociales, económicas) estuvo limitada a la franja que se extiende desde Tánger



hasta *Sala*. Sólo dentro de esos límites se documentan asentamientos, ciudades y necrópolis⁴, y dentro de ellos se establecieron las relaciones sociales y desarrollaron la mayor parte de las actividades económicas de los pueblos mediterráneos colonizadores (López Pardo, 1987; Gozalbes Cravioto, 1997; Villaverde Vega, 2001: *passim*). Ninguna inscripción fenicia, púnica, neopúnica o latina ha aparecido tampoco (si se exceptúa el caso de Mogador) al sur de la posición de *Sala* (Galand, Février, Vadja, 1966; Gascou, 1982c). En la segunda década del siglo xx se descubrió en esa región confinal, a 7,5 km al sur del estuario del Bou Regreg, la gran *fossa* romana que delineaba el *limes* de la *Mauretania Tingitana* (objeto de un estudio definitivo por Maurice Euzennat [1989]). El paralelo 34 fue, sin lugar a dudas, la frontera natural y estratégica de fenicios, púnicos y romanos a lo largo de toda la historia de su presencia o dominio en la región.

Los materiales antiguos descubiertos al sur de esa posición son tan extremadamente escasos y dispersos (Rebuffat, 1974) que proporcionan una confirmación independiente de los límites de la ocupación territorial de los pueblos mediterráneos en el África atlántica.

Se constata, no obstante, una notable excepción en el panorama que se acaba de esbozar: Mogador (Essaouira). Las prospecciones y trabajos arqueológicos llevados a cabo en el islote (situado al norte del paralelo 31) a partir de los años 50 del siglo xx documentaron dos fases de ocupación bien definidas, extendiéndose la más antigua (fenicia) entre la primera mitad del siglo vii a.e. y mediados de la centuria siguiente (Jodin, 1966; López Pardo, 1992; Amadasi Guzzo, 1992) y la más reciente (romana) desde el reinado de Augusto hasta mediados del siglo iv d.e. (Jodin, 1967). Durante la fase más antigua, Mogador sirvió como factoría estacional para empresas comerciales de la Gades fenicia; durante la más reciente, fue también enclave para actividades económicas de naturaleza comercial (que no tenían nada que ver con la púrpura, como quería André Jodin, ni con industrias pesqueras de ningún tipo, sino con el aprovisionamiento de la codiciada madera del *arbor citri*, el *citrum* [Delgado Delgado, 2011]). Se trata, en cualquier caso, del único centro ultraperiférico antiguo establecido por la autoridad de las fuentes que se reconoce en la fachada atlántica africana al sur del *limes* romano.

3.2. LAS FUENTES

Metodológicamente conviene repasar las fuentes agrupándolas, en atención a su naturaleza, en dos grandes categorías. En la primera se evaluarán las fuentes textuales y en la segunda las estrictamente arqueológicas.

⁴ Para el Marruecos fenicio-púnico: Luquet, 1973-75; López Pardo, 1990; Rouillard, 1995; López Pardo, 1996. Para el Marruecos romano: Carcopino, 1943; Salama, 1951; Teutsch, 1962; Desanges, 1980; Gascou, 1982 a-b; Villaverde Vega, 2001. Relación bibliográfica exhaustiva en Brouquier-Reddé, Lenoir, 2000.

Ya se ha visto cómo los ‘padres de la historiografía canaria’ se apoyaban en la tradición literaria grecolatina para defender un pasado ‘clásico’ para las Islas. Por eso no me parece inútil aclarar aquí que un buen número de textos utilizados por tales intelectuales no tiene ningún valor histórico para el problema aquí tratado. Me refiero concretamente a todas aquellas referencias de la literatura arcaica y clásica griegas a los Campos Elisios e Islas de los Bienaventurados, así como las relativas a los ciclos míticos relacionados con el Extremo Occidente (como el de Heracles y las Hespérides o Perseo y las Gorgonas). Son todas ellas recreaciones de paisajes y escenarios de la vida y acciones de dioses y héroes que sólo tenían existencia en el ‘imaginario colectivo’ de los griegos (y romanos). Se trata, en definitiva, de ambientes ideales que pertenecen exclusivamente al dominio de la ‘geografía mítica’⁵.

También los viejos historiadores canarios citaban ocasionalmente como fuentes para probar sus tesis ciertos periplos antiguos, igualmente presentes y con la misma intención en trabajos recientes, que suponían relatos fieles de auténticas exploraciones por la costa atlántica africana. Pero la naturaleza de estos textos es bien distinta de la supuesta. Es cierto que en la Antigüedad existieron textos náuticos de carácter exclusivamente práctico (aunque sin finalidad propiamente científica) que servían como guía de viaje para los marinos en sus navegaciones, en las que lo fundamental era el registro de todos aquellos datos que pudieran ser útiles para tal fin (accidentes geográficos costeros, medidas de distancia, etc.). Se trataría de ‘cartas o manuales de instrucción náutica’ o ‘periplos’ *sensu stricto* (sobre estas cuestiones ver Paretti, 1990; González Ponce, 1995: 31-80). Ahora bien, de estas obras no ha quedado ningún testimonio directo (al menos en lo que se refiere al Atlántico africano), y su naturaleza ha de ser deducida de textos literarios que la tradición ha transmitido también con el término de ‘periplos’⁶. Algunos de los conservados pueden considerarse, ciertamente, reelaboraciones literarias de periplos en sentido estricto. A esta categoría pertenece con seguridad el atribuido al historiador Polibio por Plinio⁷ y, tal vez, el recogido por Pseudo-Scylax (*codex Parisinus supp. graecus* 443)⁸. En cualquier caso ambos están muy ‘contaminados’ por las sucesivas reelaboraciones e interpolaciones que ‘sufrieron’ hasta que llegaron a Plinio y Pseudo-Scylax respectivamente. Otros, por el contrario, son meras recreaciones imaginarias de viajes o empresas marítimas que nada tienen de histórico, es decir, son ejercicios puramente literarios. En esta categoría incluyo el ‘periplo’ africano que Herodoto atribuye a la

⁵ Ballabriga, 1986; Jourdain-Annequin, 1989; Prontera, 1990; Romm, 1992; Gómez Espelós, 1994. En relación con las Islas Canarias: Martínez Hernández, 1992; *id.*, 2002.

⁶ Sobre el periplo antiguo en general (su naturaleza y características): Gisinger, 1937; Güngerich, 1950; Janni, 1984; Prontera, 1992; Medas, 2008. Sobre el corpus periplográfico entre las épocas arcaica y helenística: González Ponce, 1998a; *id.*, 1998b.

⁷ *H.N.*, v, 9-10. Edición y comentario: Desanges, 1978: 121-147, 416-417; además, Pédech, 1955.

⁸ Tradición manuscrita: Diller, 1952: 19-22 (finales del siglo XIII). Edición y comentario: Desanges, 1978: 87-120, 404-415. Interesa aquí particularmente el último capítulo (95F 112M), el relativo a la fachada atlántica africana.



iniciativa del faraón Neco⁹ y el de Hanón, conservado en el *codex Palatinus graecus* 398 (fol. 55r-56r) de Heidelberg¹⁰.

Es importante destacar, en cualquier caso, que en ninguno de estos ‘periplos literarios’ se citan o mencionan islas que pudieran suponerse las Canarias. No obstante, el de Polibio y tal vez el de Pseudo-Scylax tienen el interés de registrar antiguas empresas de reconocimiento y exploración de la costa africana al menos hasta la posición de Mogador y, en el caso del primero, quizás hasta la latitud del cabo Drâa (28.43 N 11.09 O).

La literatura grecolatina conserva, por último, ciertas noticias aisladas sobre islas atlánticas que han sido tradicionalmente citadas a propósito de la historia más antigua de Canarias. Se trata de referencias breves y descontextualizadas que se encuentran principalmente en autores de los siglos I a.e. y II d.e. y de las que no se puede determinar con seguridad la fuente última de la que dependen. La información transmitida está, además, fuertemente impregnada de temas y tópicos propios de las tradiciones míticas relativas a las Islas de los Bienaventurados y Campos Elisios (alusiones frecuentes a condiciones climáticas benignas y abundancia de productos naturales, entre otros), lo que ya hacía sospechar a Plinio sobre su historicidad. De entre esas pocas noticias sólo las recogidas por el enciclopedista (de quien dependen, a su vez, las de Solino [56, 13-19], Marciano Capella [vi, 702], Orosio [*Hist.*, I, 2, 10-11] e Isidoro de Sevilla [*Etym.*, xiv, 6, 8-10]), Ptolomeo (*Geog.*, iv, 6, 14, que da una localización geográfica precisa) y Arnobio (vi, 5) se refieren casi con toda seguridad a las Islas Canarias; a ellas quizás también aludan Mela (iii, 101-102), Plutarco (*Sert.*, 8-9 [Delgado Delgado, 1995]), y tal vez Estrabón (i, 1,5 y iii, 2, 13-14). Salvo el de Plinio, estos textos no tienen más interés histórico que el derivado de la propia y mera mención de las islas.

⁹ iv, 42-43. Edición y comentario: Desanges, 1978: 7-16, 386-389. Los datos que ofrece Herodoto sobre el viaje y su naturaleza son tan inconsistentes y débiles que no resisten la más mínima crítica histórica. Los argumentos adicionales del estudio de Janni, 1994 son, en mi opinión, definitivos sobre el carácter ficticio del relato. Pone en evidencia allí que el periplo fue recreado para apoyar una teoría geográfica en la que creía, a saber, que el Océano circunda toda la Tierra y por tanto los continentes pueden ser circunnavegados. Demuestra, a la par, que el argumento supuestamente probatorio de la historicidad del relato (el del ‘sol a la derecha’) era en realidad una conjetura muy fácil, fruto de una extrapolación bastante obvia para quien conocía los movimientos aparentes en el cielo cuando se viajaba hacia las latitudes más meridionales del mundo conocido.

¹⁰ El estudio fundamental de la tradición manuscrita del texto es el de Diller, 1952: 3-10, quien estableció firmemente que se trata de un códice del siglo ix d.e. De entre las ediciones modernas se recordará todavía la de Müller, 1855: 1-14, con traducción latina y comentario, y las más recientes de Aly, 1927, en la que propone fechar el texto griego en el siglo ii a.e., Desanges, 1978: 39-85, 392-397, con estudio exhaustivo de la tradición antigua sobre Hanón, y González Ponce, 2008: 74-151, con traducción española, comentario detallado y bibliografía muy completa. El trabajo de Germain, 1957 desvela los paralelos literarios de distintos pasajes del texto y sus inconsistencias internas, que demostrarían que se trata de un ejercicio literario y no de la memoria de un viaje real. El análisis de Jacob 2008: 95-110 sitúa el ‘periplo’, a través de un sutil estudio de su técnica compositiva, en el contexto de la tradición etnográfica griega; sería una recreación literaria de un ‘viaje civilizador’.

Lo más relevante para la cuestión tratada en este trabajo del pasaje pliniano sobre las *Fortunatae*¹¹ es que la información parece proceder en última instancia de una ‘carta o manual de instrucción náutica’ o de un ‘periplo’ en sentido estricto, pues algunos importantes rasgos de la técnica compositiva utilizada en este tipo de obras pueden reconocerse en él. Como argumenté y establecí en otro lugar (Delgado Delgado 2001), Seboso¹² y Juba no son más que las fuentes inmediatas de Plinio, pero no las originales ni directas de conocimiento sobre las islas. Tanto el sentido del texto pliniano como la forma de trabajar del erudito rey mauritano¹³ descartan, en mi opinión, cualquier posibilidad de creer en una expedición del monarca a Canarias, como han supuesto muchos estudiosos¹⁴. En aquel artículo traté de mostrar

¹¹ vi, 202-205: «Sunt qui ultra eas Fortunatas putent esse quasdamque alias, quo <in> numero idem Sebosus etiam spatia complexus Iunoniam abesse a Gadibus DCCCL (milia) p. tradit, ab ea tantumdem ad occasum versus Pluvialiam Caprariamque; in Pluvialia non esse aquam nisi ex imbri. Ab iis CCL (milia p.) Fortunatas contra laevam Mauretaniae in VIII horam solis; vocari Invallem a convexitate et Planasiam a specie, Invallis circuitu CCC (milia) p.; arborum ibi proceritatem ad CXL pedes adulescere. Iuba de Fortunatis ita inquisivit: sub meridiem quoque positas esse prope occasum, a Purpurariis DCXXV (milia) p., sic ut CCL (milia p.) supra occasum navigetur, dein per CCCLXXV (milia p.) ortus petatur. Primam vocari Ombrion, nullis aedificiorum vestigiis; habere in montibus stagnum, arbores similes ferulae, ex quibus aqua exprimitur, e nigris amara, ex candidioribus potui iucunda. Alteram insulam Iunoniam appellari; in ea aediculam esse tantum lapide exstructam. Ab ea in vicino eodem nomine minorem, deinde Caprariam, lacertis grandibus refertam. In conspectu earum esse Ninguarium, quae hoc nomen acceperit a perpetua nive, nebulosam. Proximam ei Canariam vocari a multitudine canum ingentis magnitudinis —ex quibus perducti sunt lubae duo—; appare<re> ibi vestigia aedificiorum. Cum omnes autem copia pomorum et avium omnis generis abundant, hanc et palmetis caryotas ferentibus ac nucem pinea abundare; esse copiam et mellis, papyrum quoque et siluros in omnibus gigni. Infestari eas beluis, quae expellantur adsidue, putrescentibus».

¹² Sobre este autor poco es lo que se puede decir con cierta seguridad, pues sólo hay cuatro citas sobre él y su obra (las cuatro del mismo Plinio, *H.N.*, vi, 183; vi, 200-201; vi, 202 y ix, 46). Cicerón menciona en dos de sus cartas a Ático (34,2 = II, 14,2 y 35,3 = II, 15,3) a un tal Seboso, aunque su relación con el que aquí nos ocupa es todavía un problema no resuelto; ante esta situación, la cronología más segura es la que sitúa al personaje entre el s. I a.e. y el reinado de Nerón. Según se deduce de los fragmentos conservados debió escribir alguna obra geográfica (¿con intereses parodoxográficos?) sobre Libia y la India, probablemente de carácter compilatorio.

¹³ Educado en Roma e instalado posteriormente (en el 25 a.e.) en el trono de Mauritania por Augusto, de quien era amigo y fiel aliado (Jacoby, 1916; Petersen, 1966; Coltelloni-Trannoy, 1997) fue ante todo un hombre de letras (Roller, 2003). Dejó una abundante obra escrita, conservada actualmente de manera muy fragmentaria (*FGrH* 275; traducción española, García García, 2007), que le proporcionó una gran fama como erudito (*FGrH* 275 T2a, 10, 12a-c). El pasaje de las *Fortunatae* (*FGrH* 275 F44) debió pertenecer a su obra *Sobre Libia*, compuesta a comienzos del siglo I d.e. (*FGrH* 275, p. 131), quizás hacia el 6 d.e. Los fragmentos que de ella han quedado (*FGrH* 275 F 38-39, 42-44, 47-56, 57-58?, 61?, 79?), revelan el interés de Juba por cuestiones geográficas, botánicas y zoológicas, así como también por los tradiciones míticas relacionados con Libia. En este aspecto su cultura derivaba en gran medida de lecturas e investigación erudita más que de su propia *autopsia*, e incluso cuando se trataba de noticias sobre su propio reino el recurso a la documentación literaria era frecuente: según Amiano Marcelino (xxii, 15,8= *FGrH* 275F38b), Juba había conocido a través de los *libri Punicis* que las fuentes del Nilo se encontraban en Mauretania, en un monte próximo al océano.

¹⁴ Esta suposición, que se encuentra ya en los primeros historiadores de Canarias (por ej. Viera y Clavijo 1772: 253-255), tiene una larga lista de defensores en época moderna; entre ellos



y argüir, también, cómo el topónimo teóforo *Iunonia* que se cita en el texto es un indicio muy sólido para suponer que la Cádiz fenicia hubo de ser el centro desde el que partió la información que llegó hasta Plinio a través de un largo proceso de transmisión¹⁵. Desde el enclave comercial de Mogador (dependiente de Cádiz) los fenicios tal vez realizaran algunos viajes exploratorios hacia el sur, pudiendo entonces avistar, reconocer y registrar la posición de las Canarias.

Las inscripciones prehispanicas de Canarias conforman el segundo *corpus* de fuentes textuales de las que se dispone, aunque mientras no sea posible datarlas, leerlas e interpretarlas con un mínimo de seguridad su valor para la discusión que aquí se sigue no puede ser más que marginal. Estos problemas básicos afectan tanto a las inscripciones líbico-bereberes¹⁶ como a aquellas otras, escritas claramente en otro alfabeto (Pichler, 1992, 1993-94 y 1995; Tejera Gaspar, Chausa Sáez, 1999; Ramírez Sánchez 2010 [fundamental por su rigor metodológico y lucidez crítica]), a las que no se ha podido atribuir una adscripción cultural precisa.

Para finalizar este capítulo sobre las fuentes únicamente queda por indicar que no se conoce ningún vestigio cierto de la cultural material fenicia, púnica o romana en el Archipiélago Canario, con la posible excepción de una serie muy pequeña y dispersa de ánforas tipológicamente próximas a modelos romanos de época imperial (estado de la cuestión en Chávez Álvarez, Tejera Gaspar, 2006). La marginalidad de estos hallazgos subacuáticos impide en cualquier caso una interpretación ligada al tráfico comercial o a otras prácticas económicas, como en ocasiones se ha querido defender. Sería más probable considerarlos simples testigos de navegaciones ocasionales que pudieran haberse organizado desde emplazamiento de Mogador durante su segunda fase de ocupación.

3.3. LAS SOCIEDADES ABORÍGENES INSULARES Y LOS RECURSOS NATURALES DE LAS ISLAS

El estado actual de la investigación sobre la 'Prehistoria de Canarias'¹⁷ permite afirmar que las sociedades aborígenes se desarrollaron como culturas insulares, en el doble sentido del aislamiento entre ellas y con respecto al resto de las civilizaciones contemporáneas, hasta la llegada de los primeros europeos en el siglo XIV. Esto quiere

cabe citar (sólo a título de ejemplo): Müller, 1902; Álvarez Delgado, 1945; Schmitt, 1968: 364-391; Blázquez Martínez, 1977: 46-50; Amiotti, 1988: 176; Gozalbes Cravioto, 1989: 42-43; Keyser, 1993: 161; Sirago, 1996: 310-12; García García 2008; Keay, 2012.

¹⁵ Lo que explica las contaminaciones que se advierten en el pasaje, reconocibles particularmente en la toponimia insular, la relación de distancias y orientación y las referencias idealizadas al ambiente natural.

¹⁶ Galand, 1973; Belmonte, Springer Bunk, Perera Betancort 1998; Springer Bunk, 2001; véase, además, el texto de Springer Bunk en esta misma publicación.

¹⁷ Consúltese en esta misma publicación los resultados más recientes de la investigación arqueológica en el Archipiélago.

decir que no se reconoce, por tanto, ni en las formas de ocupación del territorio¹⁸, ni en las estructuras sociales, las actividades económicas o las manifestaciones culturales de esas poblaciones huellas o signos de influencias directas (es decir, propiciadas por contactos históricos) de fenicios, púnicos o romanos.

No se conoce tampoco ningún producto natural en Canarias que fuera de interés para las civilizaciones antiguas del Mediterráneo y que no pudiera ser obtenido en otras regiones con menos costes. Por otro lado, las limitaciones técnicas de la navegación antigua (Medas, 2004) impiden pensar en cualquier tipo de empresa marítima con la finalidad de explotar los recursos naturales del Archipiélago.

4. CONCLUSIONES

El estudio del contexto general demuestra de forma irrefutable que la frontera extrema (tanto a efectos de ocupación como de explotación de recursos) de la Mauritania atlántica se situó para fenicios, púnicos y romanos en la posición de *Sala*, esto es, en el paralelo 34. Mogador fue una notable, aunque única, excepción.

El estudio de las fuentes permite establecer, por otro lado, que la costa atlántica que se extendía al sur del paralelo 34 y hasta la latitud de las Islas Canarias no era del todo desconocida en el mundo mediterráneo. La frecuentación fenicia de Mogador durante la época arcaica, el reconocimiento de la fachada atlántica por las autoridades romanas tras la caída de Cartago y la ocupación de nuevo del islote africano a partir del siglo I a.e., pudieron haber promovido alguna pequeña empresa exploratoria en torno a las aguas canarias. No se puede descartar, naturalmente, arribadas fortuitas.

Los marcados límites de la documentación existente, así como su naturaleza, obligan sin embargo a pensar que estos contactos fueron muy localizados en el tiempo y, desde luego, sin consecuencias económicas ni de ningún otro tipo para los navegantes mediterráneos. La ausencia de recursos explotables en condiciones económicamente aceptables y las dificultades técnicas de una viaje de esta naturaleza debieron desanimar pronto a los visitantes.

El relativo aislamiento de las poblaciones insulares parece probar, de forma independiente, que los contactos con marinos mediterráneos debieron ser extremadamente puntuales e igualmente sin consecuencias en la forma de vida de los aborígenes.

No hay pruebas ni argumentos, es decir, no hay ni fuentes ni razones históricas, en suma, que puedan justificar ningún tipo de contacto o influencia

¹⁸ Aunque no es éste el lugar para discutir el problema del origen del poblamiento, sí creo que al menos se ha de hacer constar que no hay el menor rastro de evidencia que sugiera la participación en este proceso de las civilizaciones mediterráneas. Nada impide, por otro lado, suponer que los pobladores pudieran haber llegado a Canarias por sus propios medios y sin intervención externa alguna; los modelos de poblamiento de otras regiones insulares (como las del Pacífico) demuestran la posibilidad de tal empresa.



de naturaleza política, económica o cultural entre los estados del Mediterráneo antiguo y Canarias.

Canarias nunca fue para las civilizaciones de la Antigüedad más que un remoto archipiélago en los confines meridionales de la costa atlántica africana del que se tenían unas muy vagas e imprecisas noticias. En estas condiciones se comprende bien que las tradiciones legendarias sobre las Islas de los Bienaventurados, las Afortunadas o los Campos Elisios fueran convenientemente emplazadas en las islas, pues las dotaban así de una entidad de la que carecían por falta de un conocimiento empírico.

[...] Nec Mauretaniae insularum certior fama est...

Fecha de recepción: 15/9/2013. Fecha de la última evaluación: 25/11/2013.

Fecha de aceptación: 27/11/2013

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1945). Las Islas Afortunadas en Plinio, *Revista de Historia Canaria* 69: 26-61.
- ALY, W. (1927). Die Entdeckung des Westens, *Hermes* 62: 317-330.
- AMADASI GUZZO, M.G. (1992). Notes sur les graffitis phéniciens du Mogador, en *Lixus*, Paris-Roma: 155-173.
- AMIOTTI, G. (1988). Le Isole Fortunate: mito, utopia, realtà geografica, en *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milano: 166-177.
- BALLABRIGA, A. (1986). *Le Soleil et le Tartare. L'image mythique du monde en Grèce archaïque*, Paris.
- BELMONTE, A., SPRINGER BUNK, R.A. y PERERA BETANCORT, M.A. (1998). Análisis estadístico y estudio comparativo de las escrituras líbico-bereberes de las Islas Canarias, el Noroeste de África y el Sáhara, *Revista de la Academia Canaria de Ciencias* 2-3: 9-33.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.^a (1977). Las Islas Canarias en la Antigüedad, *Anuario de Estudios Atlánticos* 23: 35-50.
- BONNET y REVERÓN, B. (1958-59). Don Luis de la Cerda, Príncipe de la Fortuna, *El Museo Canario* 19-20: 43-104.
- BORY DE SAINT-VINCENT, J.B.G.M. (1803). *Essais sur les Isles Fortunées et l'Antique Atlantide*, Paris.
- BROUQUIER-REDDÉ, V. y LENOIR, E. (2000). Bibliographie du Maroc antique, en *L'Africa romana* 13.2: 991-1073.
- CARCOPINO, J. (1943). *Le Maroc antique*, Paris.
- CHÁVEZ ÁLVAREZ, M.E. y TEJERA GASPAS, A. (2006). Los discutidos hallazgos subacuáticos de ánforas romanas de las Islas Canarias, en *iid.: Canarias y el África antigua*, Santa Cruz de Tenerife: 65-79.
- COLTELLONI-TRANNOY, M. (1997). *Le royaume de Mauretanie sous Juba II et Ptolémée (25 av. J.-C. - 40 ap. J.C.)*, Paris.



- DELGADO DELGADO, J.A. (1995 [1993]). De Posidonio a Floro: las *Insulae Fortunatae* de Sertorio, *Revista de Historia Canaria* 177: 61-74.
- (2001). Las islas de Juno: ¿hitos de la navegación fenicia en el Atlántico en época arcaica?, *The Ancient History Bulletin* 15: 29-43.
- (2011). Mogador (Essaouira, Marruecos), un *commercium* romano de *citrum* en la periferia sudoccidental del Imperio, *Athenaeum* 99: 155-174.
- DESANGES, J. (1978). *Recherches sur l'activité des méditerranéens aux confins de l'Afrique (VI^e. siècle avant J.-C. – IV^e. siècle après J.-C.)*, Paris-Roma.
- DESANGES, J. (1980). *Pline l'Ancien. Histoire Naturelle. Livre V, 1-46*, Paris.
- EUZENNAT, M. (1989). *Le limes de Tingitane. La frontière méridionale*, Paris.
- DILLER, A. (1952). *The Tradition of the Minor Greek Geographers*, Lancaster, Pa.
- GALAND, L. (1973). Die afrikanischen und kanarischen Inschriften des libysch-berberischen Typus. Probleme ihrer Entzifferung, *Almogaren* 4: 65-98.
- GALAND, L., FEVRIER, J. y VADJA, G. (1966). *Inscriptions antiques du Maroc. I. Inscriptions libyques, puniques et néopuniques, hébraïques*, Paris.
- GARCÍA GARCÍA, A. (2007). *Juba II, rey de Mauritania. Traducción y comentario de sus fragmentos*, La Laguna.
- (2008). El informe de Juba II sobre las Fortunatae Insulae (Plinio el Viejo, HN, VI, 202-205), *Tabona* 17: 141-164.
- GASCOU, J. (1982a). La politique municipale de Rome en Afrique du Nord I. De la mort d'Auguste au début du III^e siècle, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 10.2: 136-229.
- (1982b). La politique municipale de Rome en Afrique du Nord II. Après la mort de Septime-Sévère, *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II, 10.2: 230-320.
- (1982c). *Inscriptions antiques du Maroc. II. Inscriptions latines*, Paris.
- GERMAIN, G. (1957). Qu'est-ce que le Périples d'Hannon? Document, amplification littéraire ou faux intégral?, *Hespéris* 44: 205-248.
- GIBBON, E. (1776). *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*. I. Strahan and Cadell. London.
- GISINGER, F. (1937). Periplus, en *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* XIX, 1: 841-850.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J. (1994). Tierras fabulosas del imaginario griego, en *id.: Tierras fabulosas de la Antigüedad*, Madrid: 101-303.
- GONZÁLEZ PONCE, F.J. (1995). *Avieno y el periplo*, Écija.
- (1998a). El corpus periplográfico griego y sus integrantes más antiguos: épocas arcaica y clásica, en PÉREZ JIMÉNEZ, A. y CRUZ ANDREOTTI, G., (eds.). *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid: 41-75.
- (1998b). Utilidad práctica, ciencia y literatura en la periplografía griega de época helenística, en PÉREZ JIMÉNEZ, A. y CRUZ ANDREOTTI, G., (eds.). *Los límites de la Tierra: el espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid: 147-175.
- (2008). *Periplógrafos griegos I. Épocas Arcaica y Clásica I: Periplo de Hanón y autores de los siglos VI y V a.C.*, Zaragoza.



- GOZALBES CRAVIOTO, E. (1989). Sobre la ubicación de las Islas de los Afortunados en la Antigüedad clásica, *Anuario de Estudios Atlánticos* 35: 17-43.
- (1997). *Economía de la Mauritania Tingitana*, Ceuta.
- GÜNGERICH, R. (1950). *Die Küstenbeschreibung in der griechischen Literatur*, Münster.
- JACOB, Ch. (2008 [ed. orig. 1991]). *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona.
- JACOBY, F. (1916). Iuba II, en *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft* 1X, 2: 2384-2395.
- JANNI, P. (1984). *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma.
- (1994). Il sole a destra: estrapolazione nella letteratura geografica e nei resoconti di viaggio, en FASCE, S. (ed.). *Temi e discussioni di geografia antica*, Genova: 97-124.
- JODIN, A. (1966). *Mogador, comptoir phénicien du Maroc atlantique*, Rabat.
- (1967). *Les établissements du roi Juba II aux îles Purpuraires (Mogador)*, Tanger.
- JOURDAIN-ANNEQUIN, C. (1989). *Héraclès aux portes du soir*, Paris.
- KEAY, S.J. (2012⁴). Islands of the Blest (Fortunatae insulae), *Oxford Classical Dictionary*, Oxford: 747.
- KEYSER, P.T. (1993). From Myth to Map: The Blessed Isles in the First Century B.C., *The Ancient World* 24: 149-168.
- LÓPEZ PARDO, F. (1987). *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid.
- (1990). Sobre la expansión fenicio-púnica en Marruecos. Algunas precisiones a la documentación arqueológica, *Archivo Español de Arqueología* 63: 7-41.
- (1992). Mogador, 'factoría extrema' y la cuestión del comercio fenicio en la costa atlántica africana, en *Afrique du Nord antique et médiévale*, Paris: 277-297.
- (1996). Los enclaves fenicios en el África Noroccidental: del modelo de las escalas náuticas al de colonización con implicaciones productivas, *Gerión* 14: 251-288.
- LUQUET, A. (1973-75). Contribution à l'Atlas Archéologique du Maroc. Le Maroc punique, *Bulletin d'Archéologie Marocaine* 9: 237-306.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1992). *Canarias en la Mitología*, Santa Cruz de Tenerife.
- (2002). *Las Islas Canarias en la Antigüedad Clásica. Mito, historia e imaginario*, Santa Cruz de Tenerife.
- MAYHOFF, C. (1906 [1967]). *C. Plini Secundi. Naturalis Historiae I-VI*, Teubner, Leipzig.
- MEDAS, S. (2004). *De Rebus Nauticis: l'arte della navigazione nel mondo antico*, Roma.
- (2008). *Lo Stadiasmo o Periplo del Mare Grande e la navigazione antica. Commento nautico al piu antico testo portolanico attualmente noto* (Anejos de *Gerión*, núm. XII), Madrid.
- MÜLLER, C. (1855). *Geographi Graeci minores*, I, Paris.
- (1902). *Studien zur Geschichte der Erdkunde im Altertum. I. Die Kunde des Altertums von den Canarischen Inseln* (diss.), Breslau.
- PARETTI, A. (1990). Il periplo arcaici e Scilace di Carianda, en PRONTERA, F. (ed.). *Geografia e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Roma-Bari: 71-114.
- PÉDECH, P. (1955). Un texte discuté de Pline: le voyage de Polybe en Afrique (*H.N.*, v, 9-10), *Revue des Études Latines* 33: 318-32.
- PETERSEN, L. (1966). Iuba II, en *Prosopographia Imperii Romani*² IV.3: núm. 651.



- PICHLER, W. (1992). Die Schrift der Ostinseln. Corpus der Inschriften auf Fuerteventura, *Almogaren* 23: 313-453.
- (1993-94). Die Ostinseln Inschriften Fuerteventuras, *Almogaren* 24-25: 117-220.
- (1995). Neue Ostinseln Inschriften (latino-kanarische Inschriften) auf Fuerteventura, *Almogaren* 26: 21-46.
- PRONTERA, F. (1990). L'estremo occidente nella concezione geografica dei greci, en *La Magna Grecia e il lontano Occidente*, Tarento: 55-82.
- (1992). *Periploi*: sulla tradizione della geografia nautica presso i greci, en *L'uomo e il mare nella civiltà occidentale: da Ulisse a Cristoforo Colombo*, Genova: 26-44.
- RAMÍREZ SÁNCHEZ, M. (2010). Tres décadas de debate sobre las supuestas inscripciones latinas de Lanzarote y Fuerteventura, en *VII Congreso de Patrimonio Histórico: Inscripciones rupestres y poblamiento del archipiélago canario*, Arrecife (Lanzarote).
- REBUFFAT, R. (1974). Vestiges antiques sur la côte occidentale de l'Afrique au sud de Rabat, *Antiquités Africaines* 8: 25-49.
- ROLLER, D.W. (2003). *The World of Juba II and Kleopatra Selene. Royal Scholarship on Rome's African Frontier*, London.
- ROMM, J.S. (1992). *The Edges of the Earth in ancient Thought*, Princeton.
- ROUILLARD, P. (1995). Maroc, en KRINGS, V. (ed.). *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Leiden–New York–Köln: 776-785.
- SALAMA, P. (1951). *Les voies romaines de l'Afrique du Nord*, Argel.
- SCHMITT, P. (1968). Connaissance des Îles Canaries dans l'Antiquité, *Latomus* 27: 362-391.
- SIRAGO, V.A. (1996). Il contributo di Giuba II alla conoscenza dell'Africa, en *L'Africa Romana* 11: 303-317.
- SPRINGER BUNK, R.A. (2001). *Origen y uso de la escritura libico-bereber en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA GASPAS, A. y CHAUSA SÁEZ, A., (1999). Les nouvelles inscriptions indigènes et les relations entre l'Afrique et les îles Canaries, *Bulletin Archéologique du CTHS* 25: 69-74.
- TEUTSCH, L. (1962). *Das Städtewesen in Nordafrika in der Zeit von C. Gracchus bis zum Tode des Kaiser Augustus*, Berlin.
- VIERA Y CLAVIJO, J. de (1772) [ed. de CIORANESCU, A., (1982), Santa Cruz de Tenerife]. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias*. I. Madrid.
- VILLAVARDE VEGA, N. (2001). *Tingitana en la Antigüedad Tardía* (siglos III-VII), Madrid.

